

Hablando de Wagner dice que él «comparte la hostilidad» de Nietzsche por la teatrocraza de Wagner. Comparte es palabra absurda. El es un hijastro de Nietzsche. Hereda, sería la palabra propia. Cuando disiente yerra. Nietzsche quería que la «música se mediterraneizase» pretendiendo con ello que la música alcanzase la claridad de la expresión helénica o latina; en cierto modo que se paganizase apolinizándose, porque Nietzsche sí comprendía el pensamiento místico de Wagner, contenido más trascendentalmente en su música que en sus poemas. Baroja, sin darse cuenta del intento de Nietzsche, dice que «la música debe tener el paralelo geográfico de donde nace»; pero luego hace el elogio de la música universal o internacional. Esto es, vuelve a Nietzsche, después de haber errado.

No, no es de pedir a nadie la consecuencia consigo mismo. Una obra puede expresar un conjunto de ideas y la siguiente no será menos sincera porque expresa las más opuestas opiniones. La naturaleza proteica del artista legitima tal versatilidad. Pero cuando uno de esos colosales talentos nos confieren la gracia de mostrárenos desnudos, nos gustaría verles pensar seriamente. Pero este señor Baroja es un improvisador sin consistencia filosófica, científica o artística. Es un impresionista de los que han invadido las letras contemporáneas. Con el pretexto de sinceridad y de verismo improvisan su obra y les resulta vacía y enclenque como obra de arte.

El señor Baroja, como hijastro de Nietzsche, quiere huir del lugar común. Eso es lo que a muchos parece originalidad; pero es bien fácil descubrir el lugar común detrás de su epigramático estilo. No tiene el talento de Gracián ni el donaire de Quevedo para decir cosas hondas o simplemente ingeniosas. Por eso con la mayor frecuencia se le ve volviendo los guantes del revés, a la manera nietzscheana.

Vease un caso: España tiene entre sus glorias de hoy un Ramón y Cajal. No ha sido un improvisador. Ha trabajado con esa rara constancia que es una bella forma de la inteligencia humana. Pues bien, este hombre que ha revolucionado una rama de la histología es para Baroja, «como pensador, de una mediocridad absoluta». Esta es la manera de pasar por original.

Hablando de sus libros (los de Baroja), los clasifica en dos grupos: «los que ha escrito con más trabajo que gusto, y los que ha escrito con más gusto que trabajo». Cree que los españoles de hoy no tienen sensibilidad bastante para distinguir esto e imitando a Stendhal cree que se le comprenderá «dentro de treinta o cuarenta años». No, cuanto de él quedará será una breve colección de páginas escogidas, aquellas en que ha puesto un poco más de amor a la naturaleza o a los hombres, y nada más. Del hombre de letras tan sólo sobrevive lo humano universal. Lo demás lo arrastra un prematuro otoño. Y así será para que se cumpla su gusto, pues él dice haber tenido siempre «un entusiasmo por lo que huye».

Sus juicios críticos son tan superficiales como las más de sus páginas. Juzga a Goethe y no ha conocido las diversas influencias sobre el genio de este hombre ejercitadas. Y otro tanto le ocurre con Víctor Hugo, con Tolstoy y con el mismo Cervantes. Los autores antiguos no los comprende, declara él mismo, este hombre que pretende ser un europeo por sus ocho costados. En esto no es siquiera un mediano

modernista. Lo distintivo de los grandes modernistas es que están nutridos de antiguas literaturas, de clásicos de todas las épocas y razas. En esto es también el provinciano que hace ostentación de su falta de preparación literaria, como para dejar mejor sentada su nombradía de hombre original. Las admiraciones sinceras de un hombre revelan sus cualidades ya desenvueltas o todavía semiembrionarias. El señor Baroja dice gustar de los rusos, si bien no dice que le gusta de Dostoyewski, o de Tolstoy o Turgue-neff o Andreieff o Gorki.

Esto me lleva a afirmar lo que todo este libro prueba: la superficialidad, la precipitación del autor. Quiso escribir quince páginas y *le han salido* trescientas cincuenta. Es una obra del más vacío periodismo.

Es imposible que un hombre que ha debido ver, sentir y pensar, ya en sus viajes, en sus relaciones o en sus largos silencios no haya podido descubrir una vena de verdadera juventud, un bello o noble objeto de amor. Su dispesía es intelectual y moral. Si dejara de aborrecer, si ahogase su rencor mejoraría su estómago y quizás alguna rara página de valor generosamente humano le brotara del alma. Dice que la sociedad vertió veneno en él y que por eso él le devuelve en sus libros parte de ese veneno. ¿Qué artista puede crearse con tal sedimento de odio? Zola ha podido hablar de sus odios. Ellos eran puramente literarios; esto es, eran de amor por otros ideales que los que él combatía. En Baroja es simple rencor. ¿Por qué? En este libro no lo dice. Pero este es un libro de Egotría, sin ego. Baroja es un escritor que no ha tenido un libro favorito, un autor amado, cuya obra haya sido un frecuente estímulo. Él dice que como los viajeros por las fondas, así ha pasado por los libros, sin detenerse ni en uno ni en otro. Yo hallo que en la fonda de Nietzsche tanto yantó que se le enfermó la digestión del ánimo.

Cuando me he referido a su sedimento de odio he debido agregar que sus odios no son profundos. No; es apenas escarcha. Es más bien mala educación social. Sus arrebatos son meteoros. Su carácter es hirsuto, cerril, cantábrico; pero no sabe odiar intensamente. Mucho de ese aspecto rencoroso de su expresión atrabiliaria es bebido en las obras anarquistas. Porque Baroja es uno de esos anarquistas que andan en busca de un gobierno ideal. Así, pues, ni ama ni odia con hondura. Él lo ha dicho: no es nada. Y «no será nunca nada», parece haber dicho de él Ortega y Gasset.

Sus envidiosos le acusan de haber sido panadero. Es insensato. Esos seis años de trabajo le hicieron hombre y le dieron la posibilidad de comprender ciertas formas de la vida que es lo que le dan su fuerza a las muy pocas páginas que de él vivirán. Sólo que su comprensión es intelectual, elemental. Lo que es humano no le interesa por el hecho de ser humano. Tiene salidas de lobo. En el escudo de sus antepasados hubo lobos. Y él se regocija citando a Hobbes. Para el hombre es lobo el hombre. Esto explica aquello.

Cuán diferente la suya de la naturaleza de Azorín, por ejemplo. A éste la humanidad le inspira simpatía. La estupidez, la ignorancia, la ambición, el servilismo, el autoritarismo, todo esto lo ve Azorín con tranquilidad compasiva, con la piedad del hombre que